

Revista de libros

Sandra ROMANO MARTÍN, *El tópico grecolatino del concilio de los dioses*, Hildesheim, Georg Olms, 2009, 464 pp.

En la prestigiosa serie *Spudasmata* ha aparecido un estudio de Sandra Romano Martín sobre el tópico grecolatino del concilio de los dioses en las literaturas latina y griega. Salvo un prólogo y un epílogo breves, todo el libro consiste en un comentario detallado de los pasajes donde se encuentra este tópico desde el principio de la literatura griega hasta al siglo II d.C. Se reseñan los concilios divinos en la *Iliada*, la *Odissea*, los *Cantos Ciprios* y los *Himnos Homéricos*; en la obra de Hesíodo, Estesícoro, Píndaro, Eurípides y Platón; en una comedia perdida de Eufión del inicio del siglo III a.C., que se titulaba nada menos que *Θεῶν ἀγορά*; en la *Batracomiomaquia*; en los poemas de Nevio, Ennio, Lucilio, Cicerón, Virgilio, Horacio y Ovidio; en la *Apocolocyntosis*, que se atribuye generalmente a Séneca; en las epopeyas de Silio Itálico, Valerio Flaco y Estacio; en la novela de Apuleyo; y por último en tres novelas cortas de Luciano, una de las cuales se titula *Θεῶν ἐκκλησία*. El comentario se centra en la estructura de cada concilio, sus modelos literarios, y su significado en la obra y en el desarrollo del tópico a través de la literatura grecolatina, pero se tocan otros temas, incluso la crítica textual y la reconstrucción de obras perdidas o fragmentarias.

Este libro llena un vacío significativo en los estudios clásicos. A pesar de que el tópico del concilio de los dioses aparece en textos tan conocidos como las epopeyas homéricas, la *Eneida*, y las *Metamorfosis* de Ovidio, esta es la primera monografía que se publica sobre este tema (pp.9-10). Ya por esto es una contribución valiosa a la filología clásica.

¿Qué es exactamente el concilio de los dioses? No es cada reunión en la que participan los dioses, sino su asamblea formal en el cielo o en el Olimpo, convocada o por lo menos presidida por Zeus/Júpiter (pp.9-13). Se nos vienen a la mente en primer lugar las asambleas épicas, en las que los dioses debaten varios asuntos, aunque al final sucede siempre lo que quiere el dios principal. Las cuestiones que se debaten en estas asambleas pueden ser el destino de uno u otro ser humano, como en las asambleas de la *Iliada* y la *Odissea*, o temas más generales, por ejemplo la destrucción de la raza humana por un diluvio en las *Metamorfosis* de Ovidio (*Met.* 1.163-261) o

su reducción mediante la Guerra de Troya, asunto que parece que se debatió en una asamblea al inicio de los *Cantos Ciprios* (véanse pp.62-64). Otro tipo de asamblea se encuentra en los *Himnos Homéricos*, donde se describe cómo llegaron por primera vez Apolo y Hermes al concilio de los dioses, y cómo el luto llevó a Deméter a abandonar el mismo concilio (pp.64-69). Estas asambleas no han sido convocadas para deliberar sobre problema ninguno, sino parece que representan el modo de ser habitual de los dioses: como escribe Romano Martín, «[s]e concibe a los dioses en el Olimpo como en perpetuo “estado de reunión”» (p.69). Desde hace unos decenios se sabe que ambos tipos de concilios tienen precedentes en las literaturas del antiguo Oriente Próximo: es claro que han llegado a la poesía jonia de los siglos VIII-VII a.C. desde allí (pp.21-24, 65-66).

Como hemos visto, el grueso de este libro consiste en una serie de comentarios sobre los pasajes en los que se encuentra el tópico en la literatura grecolatina del milenio siguiente. La autora examina con sumo cuidado cada uno de estos pasajes, tanto en sí mismo, cuanto en el contexto de la obra literaria en que se inserta, pero intenta entender también la tradición literaria en conjunto, ante todo preguntándose qué modelos son los que se han seguido en cada obra. De modo que su libro constituye una historia del tema desde los orígenes de la literatura griega hasta los concilios cómicos de Luciano, que resultan un término muy adecuado a la investigación. (Por necesidades de poner unos límites se excluyen los concilios más tardíos, como los presentes en las obras de Claudiano: véanse pp.10 y 131.) El hilo principal de la genealogía de este tópico discurre por las grandes epopeyas, pero no es el único camino: las asambleas virgilianas contienen ecos de Homero y de Ennio, pero también del satírico Lucilio (pp.197-205).

El proyecto general del libro es estudiar las apariciones de este tópico a través de la historia de la literatura. Tal estructura tiene un enfoque puramente literario, que es admirable por su pureza, pero tiene sus peligros, sobre todo el de dejar de lado otros tipos de fuentes, y otros campos de estudio. En el caso del concilio de los dioses podríamos pensar antes de nada en la religión grecorromana. Aquí hay algo muy interesante. Romano Martín explica que «en la épica de Oriente Próximo la escena [del concilio de los dioses] tiene esencialmente carácter religioso, además de ser un tópico literario», porque la actuación de los dioses en las asambleas se conectaba con la naturaleza de cada divinidad: había dioses que actuaban más o menos como juez, fiscal o abogado. Pero «la mención de las asambleas en el mundo griego se limita a la literatura, y los ejemplos de otra naturaleza que podemos encontrar (artes plásticas, sobre todo) son claramente debidos a la influencia de la literatura» (pp.21-22). Fuera de la selección más o menos canónica de los doce dioses olímpicos, está claro que el tópico de las asambleas de los dioses no tenía ninguna importancia en la religión grecorromana. Una rara ocurrencia podría ser el culto de Ζεύς Ὀμαγοῦριος en Egio, una pequeña ciudad de Acaya, mencionado por Pausanias (Paus.7.24.2, véanse pp.72-73 y 94 del libro); pero según este autor el epíteto Ὀμαγοῦριος se referiría a una asamblea humana, la de los héroes aqueos antes de la Guerra de Troya. Está claro entonces que para un griego o un romano el concilio de los dioses no era un artículo de fe. Pero ¿podía encontrar concilios de los dioses en los relatos mitológicos

que se transmitían oralmente? Eso es muy probable para el período anterior a Homero, porque el tema llegó desde el Próximo Oriente a Grecia verosíblemente en forma oral y no en forma escrita. Pero ¿qué ha sucedido después? ¿Se seguían contando mitos sobre asambleas divinas, o esa tradición oral desapareció y el tópico continuó siendo conocido solamente a través de la literatura? Quizás podríamos contestar esta pregunta basándonos en fuentes iconográficas, pero Romano Martín no las toma en consideración y deja su análisis para «especialistas en la materia» (p.13, n.3). Lo cual es una lástima: habría sido interesante parangonar los resultados de tal investigación con los análisis filológicos de la autora. De todas formas, la obra a la que se refiere la autora (*LIMC* II.1.997-998) da a entender que el concilio de los dioses era un tópico bien asentado también en las artes visuales.

El análisis de Romano Martín de las fuentes literarias es excelente. Hay que resaltar su impresionante conocimiento de la literatura clásica y de la filología moderna, su sensibilidad estructural y casi arquitectónica para analizar las obras individuales y la tradición literaria, y su juicio excelente y sensato. Su visión unitaria de la tradición literaria tiene unos resultados inesperados: no sólo saca a luz las conexiones intertextuales entre los varios concilios, sino que llega a proponer reconstrucciones nuevas y muy convincentes de algunos concilios fragmentarios. Observa que casi todos los concilios en la *Iliada* tienen cinco partes, que ella llama «presentación», «exposición del problema», «momento central», «solución del problema» y «conclusión», y que esta estructura puede observarse en muchos concilios posteriores, y quizás en su mayoría. Se puede esperar esta misma estructura en los concilios fragmentarios; de modo que Romano Martín propone su propia reconstrucción de los concilios en las *Anales* de Ennio (pp.140-147) y en la primera sátira de Lucilio (pp.155-180), y hace observaciones valiosas sobre el concilio, muy fragmentario, que hay en la *Gerioneida* de Estesícoro (pp.88-92). Quisiera destacar su conclusión sobre la tan controvertida cuestión de cuántas asambleas hubo en la primera de estas obras (pp.136-140). En la primera sátira de Lucilio hay un concilio en que Rómulo dice *adfuissemus priore / concilio* (frg.28-29 Marx = 11-12 Krenkel), y Juno increpa a su marido que *concilio antiquo sapiens uir solus fuisti* (frg. 30 Marx = 32 Krenkel). Estoy convencido de que Romano Martín tiene razón, y que *priore / concilio* y *concilio antiquo* tienen que significar «aquel concilio anterior», es decir, el único que hubo en la epopeya nacional de Ennio, y no se pueden interpretar cómo «el concilio anterior» de los dos que habría habido en este poema. Tal interpretación entrañaría dificultades lingüísticas y conceptuales (estas últimas porque no parece probable que Rómulo y Juno pudieran ver los *Anales* desde fuera, de modo que comentaran sobre las dos asambleas que hay en esta obra).

El libro es tan rico en detalles que es casi inevitable que el crítico tenga algún desacuerdo con sus propuestas. A mí no me parece correcto el análisis de la autora según el cual «[1]os dioses homéricos se nos presentan a veces en actitudes frívolas ...; pero ello no es más que una forma de describir la naturaleza divina, que ha de ser necesariamente opuesta a la humana, para que esta última tenga sentido» (p.28). Por supuesto tiene que haber por definición un contraste entre las actitudes de los humanos y las de los dioses a causa de la mortalidad de los unos y la divinidad de los

otros, pero esto no significa que no pueda haber otras diferencias significativas entre ellos. La reacción exagerada de Ares y la histérica de Afrodita al ser heridos por Diomedes en el libro 5 de la *Iliada* está en fuerte contraste con la sangre fría con la que los soldados aqueos y troyanos reciben heridas mucho más graves. La existencia de los dioses en la *Iliada* está exenta de riesgos y también de patetismo, de significación y quizás incluso de belleza; el contraste subraya el valor de la vida humana y el heroísmo de unos seres humanos.¹ – Además, creo que ocasionalmente Romano Martín ve demasiada coherencia en la tradición literaria. La *Iliada* difícilmente puede aludir al papel de la diosa Temis como consejera de Zeus para promover la guerra de Troya y librar así a la tierra del peso de los hombres (p. 37): esto se lee por primera vez en los *Cantos Ciprios*, obra escrita más tarde, y desde una perspectiva muy diferente respecto a la epopeya de Homero, que atribuye los orígenes de la guerra a acciones humanas, sobre todo las de Paris y Helena. – Parece atrevido afirmar que el concilio divino en las *Metamorfosis* de Apuleyo, en el que se celebran las bodas de Cupido y Psyche, esté modelado sobre el concilio celebrativo de la *Iliada*, y sobre otro de las *Anales* de Ennio: las similitudes detectadas por la autora son muy generales (pp.358-360). – Tampoco se puede decir, en mi opinión, que en el *Icaromenipo* Luciano imite la *Apocolocyntosis* de Séneca (p.396). No hay que buscar en esta obra bastante oscura el modelo de la escena en que Menipo llega a la puerta del cielo y conversa con Hermes: en las *Ranas* de Aristófanes hay una escena dónde Dioniso, disfrazado de Hércules, y su esclavo Jantias llegan a la puerta del cielo y conversan con Éaco y con un esclavo (Aristófanes, *Ranas* 460-533) – y sabemos por otros motivos que Luciano conocía bien la comedia aristofánica.

En este libro Sandra Romano Martín aborda un tema importante que ha sido muy poco estudiado hasta a ahora. Lo hace con un cuidado, una erudición y una sensibilidad notables. Su monografía será un instrumento valioso para los filólogos clásicos durante muchos años.

Dàniel Kiss
Ludwig Maximilians Universität, Munich

David PANIAGUA AGUILAR, *El panorama literario técnico-científico en Roma (siglos I-II d. C.): et docere et delectare*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, 507 pp.

Defiende el autor de esta obra en su introducción que «la aspiración de alcanzar un conocimiento profundo de la civilización romana en sus múltiples manifestaciones debe pasar por el conocimiento crítico de su literatura técnico-científica»; y, sin embargo, es bien sabido que a este campo de la literatura suele prestársele generalmente una atención mucho menor que la otorgada a los autores o géneros conside-

¹ Sobre este tema véase Jasper Griffin, *Homer on Life and Death*, Oxford 1980.

rados «clásicos». Su importancia y peso específico, a pesar de ello, están lejos de toda duda, pues, como bien señala Carmen Codoñer en el preámbulo, esta literatura nos refleja «situaciones y problemas que nos serían inasequibles por otros medios». A solventar esta laguna viene esta excelente obra publicada por la Universidad de Salamanca, la cual nos ofrece una visión sinóptica y –como reza su título– panorámica de la materia de estudio en los siguientes apartados: Agrimensura, Técnica militar, Jurisprudencia, Geografía, Culinaria, Ingeniería civil, Agricultura, Astronomía, Mitografía, Medicina y Ciencias de la Naturaleza. Cada uno de estos once apartados, por su parte, ofrece una disposición interna semejante que a continuación presentamos:

A) Introducción a la literatura del campo concreto de que se trate en el mundo antiguo; constituye este punto una visión panorámica que, muy frecuentemente, y como es lógico, se remonta a los orígenes de los distintos géneros en Grecia –incluso desde la época homérica– y posteriormente llega a Roma, donde se atraviesan diacrónicamente todas las etapas históricas relevantes en el estudio que el autor desarrolle. En determinadas ocasiones, y siempre que las circunstancias así lo aconsejen, el autor traspasa las barreras cronológicas del mundo antiguo alcanzando con su análisis la Edad Media. Es conveniente indicar que aquí también se incluye un repaso de la producción literaria romana en los siglos I-II d.C., lo cual no es óbice para que, en el punto siguiente, David Paniagua realice un estudio más exhaustivo de esta etapa que suele derivar en monografías acerca de determinado/s autor/es u obra/s que se consideran especialmente relevantes.

B) Estudio monográfico de la literatura latina del campo técnico-científico de que se trate en los siglos I-II d.C. Es la parte principal de cada estudio; en ella el autor se centra en el mencionado periodo cronológico atendiendo con profusión a los autores y obras más señeros de cada género. Así por ejemplo, en cuanto a la Agrimensura, encontramos un estudio concreto para Frontino, Agenio Urbico, el hispano Higinio, Higinio Gromático, Sículo Flaco, Balbo, Nipso, y para el *Corpus Agrimensorum Romanorum*. Con respecto a la *re militari* tenemos a Frontino con sus *Strategemata* y a Pseudo-Higinio con su *De munitionibus castrorum*. En Jurisprudencia se atiende principalmente a las *Instituciones* de Gayo. En Geografía podremos profundizar en el conocimiento de la obra de Pomponio Mela *De Chorographia* y en la *Germania* de Tácito. Con respecto al tema culinario tenemos un estudio de Apicio y su *De re coquinaria*. En Ingeniería civil leeremos acerca de Frontino y su *De aquaeductu urbis Romae*. En Agricultura el estudio se centrará en el *De re rustica* de Columela. En Astronomía se atiende al *De Astronomia* de Higinio, los *Arati Phaenomena* del malogrado Germánico y las *Astronomica* de Manilio. En Mitografía el autor se centrará en las *Genealogiae* o *Fabulae* de Higinio. En Medicina su atención se bifurcará entre el *De Medicina* de Cornelio Celso y las *Compositiones* de Escribonio Largo. Por último, en Ciencias de la Naturaleza, el autor se centrará en las *Naturales Quaestiones* del cordobés Séneca y en la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo.

C) Cierra cada apartado una amplísima y muy interesante bibliografía específica.

Abordemos a continuación el capítulo dedicado a la Agricultura (pp.247-283) para observar con mayor detenimiento lo que nos ofrece esta interesante monografía:

En la primera parte comienza el autor reflexionando acerca del complejo valor que la literatura agrícola constituye en sí misma, al abarcar todas y cada una de las labores propias de la vida rural y también –pero no exclusivamente– la agricultura (arboricultura, ganadería, avicultura, apicultura...). Sigue una breve reflexión sobre la importancia que tuvo para Roma desde tiempos inmemoriales la conjunción de agricultura y ganadería para, inmediatamente después, comenzar el viaje retrospectivo y panorámico en Grecia. El autor rastrea diacrónicamente las distintas manifestaciones culturales de la agricultura en la civilización griega: relato mitológico de Deméter y Triptólemo; importancia vital de los elementos agrícolas en las tablillas micénicas; pasajes de interés en *Iliada* y *Odisea*..., hasta llegar a los *Trabajos y Días* de Hesíodo, primera obra en que la agricultura es el tema nuclear. Del mismo modo ocurre con el *Económico* o *Administración doméstica* de Jenofonte. El repaso se cierra con una nota recordatoria: toda la literatura griega de tema agrícola perdida aparece rastreada en las obras de los romanos Varrón y Columela. Y de Grecia saltamos a Cartago, pues este capítulo acoge un repaso a la producción literaria de la civilización enemiga por excelencia de Roma. La razón es la importancia que tuvo en la antigüedad la enciclopédica obra agrícola del *parens rusticationis* –en palabras de Columela– Magón; obra que fue traducida tanto al latín como al griego. La atención que el autor de este manual presta a este pequeño capítulo dentro de la literatura agrícola del mundo antiguo es buen indicador de su apertura de miras y de su verdadero interés por ofrecer una obra de referencia utilísima y lo más completa posible. El estudio, por fin, se centra en Roma, pero antes de analizar pormenorizadamente la obra cumbre de la literatura latina agrícola de los siglos I y II d.C., el autor realiza un repaso que, partiendo de Catón en siglo III a.C., se cierra con las *Etymologiae* de S. Isidoro de Sevilla y con un *Compendio sobre la agricultura* bizantino del siglo X de nuestra era. En este punto cabe ya destacar la afilada concisión con que el autor va repasando los trabajos capitales del tema que nos ocupa, los cuales quedan perfectamente dibujados en sus rasgos principales en apenas unas líneas rebosantes de una despierta erudición. Con respecto a la primera obra en prosa latina conservada –que además es de tema agrícola–, ejemplifiquemos lo escrito más arriba y veamos lo que para el autor sería la esencia de este *De Agricultura* de Catón: «Se trata de una obra en la que el componente pragmático de sus contenidos asume el protagonismo por encima de la atención al plano formal y al estilo, que se ven reducidos al minimalismo expresivo. El precepto no encuentra obstáculos en la expresión y su carácter desnudo y esencialista fortalece la sensación de sentenciosidad de las máximas y los apotegmas catonianos.» Siguiendo este método, que creemos muy apropiado para la obra que se proponía, y manteniendo su pluma tan afilada como hemos podido observar hasta ahora, el autor avanza diacrónicamente recordando no sólo a los autores y obras más señeros de cada época, sino también a los más secundarios (autores de los que apenas queda más que su referencia nominal u obras que sólo conocemos por referencias indirectas), incluso otros hechos memorables tales como traducciones de obras griegas a la lengua latina; con ello se cierra la primera parte. La segunda, como ya avanzábamos, comprende un estudio hecho con mayor detenimiento de la literatura de tema agrícola latina de los siglos I y II. d.C., que en este caso se centra en el gaditano Columela y su *De re rustica*.

El estudio se divide en varias partes, iniciándose con un pequeño apartado biográfico, para proseguir con el análisis de la obra. Ésta, según parece, fue el *opus magnum* del autor y hoy pasa por ser el tratado técnico más importante que nos legó la Antigüedad en lo que al asunto agrícola y ganadero se refiere. El autor se interna en disquisiciones acerca de composición interna y estructura para, posteriormente, realizar un estudio exhaustivo de la obra libro a libro. Y escribimos «exhaustivo» porque David Paniagua va incluyendo poco a poco todos y cada uno de los aspectos tratados por el escritor hispano en su obra, anotándolos en latín, traduciéndolos al castellano y añadiendo oportunas explicaciones y comentarios a colación. Cierra esta parte una revisión de las fuentes que pudo utilizar Columela para la elaboración de su obra, y no falta un apartado dedicado a la transmisión del *De re rustica* que atiende tanto a la tradición manuscrita como a las distintas ediciones que vieron la luz desde 1470, año de su *editio princeps*. Por último, cierra el capítulo una bibliografía específica del tema estudiado en la que aparecen desde ediciones de los autores latinos estudiados hasta las últimas monografías publicadas –pasando por los estudios considerados clásicos–, con especial atención a las obras en lengua castellana y sin olvidar un buen número de interesantes aportaciones a diversos congresos.

Si el lector de esta reseña tiene en cuenta que el *modus operandi* del autor es constante y tenaz durante toda la obra, podrá inferir sin duda que nos encontramos ante un apasionante viaje a través de la literatura técnica y científica del mundo clásico que nos ofrece, por una parte, un verdadero panorama literario de materias tan variadas como la literatura militar o la culinaria, pasando por la geografía o la astronomía, y por otra, y de un modo más exhaustivo, un estudio profundo de las obras y autores más interesantes que estas literaturas engendraron en la Roma de los siglos I y II d.C. Nos parece, por todo ello, un trabajo muy recomendable para todo latinista y estudioso de la antigua Roma y, más allá, para todo aquél que esté interesado en cualquiera de los campos técnicos y científicos que aquí tienen cabida.

Ismael ELÍAS MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

John M. TRAPPES-LOMAX, *Catullus: A Textual Reappraisal*, Swansea, The Classical Press of Wales, 2007, xii + 315 pp.

Es bien conocido que las poesías de Catulo han sobrevivido a lo largo de la Edad Media en un manuscrito único, que fue llevado a la ciudad de Verona en torno al año 1300 y que estaba lleno de errores. Los esfuerzos para corregirlos comenzaron casi en seguida, conocieron su edad de oro en el Renacimiento y su edad de plata en el siglo XIX, y continúan todavía – o mejor dicho, tendrían que continuar: en realidad la crítica textual de Catulo del siglo pasado ha sido bastante conservadora. Sus resultados más importantes se han conseguido en el estudio de los tres códices que son los testimonios más importantes de aquel código veronés ya perdido: en 1958 apareció la edición de Mynors, la primera basada en ellos de manera sistemática, y su testi-

monio sobre estos manuscritos fue corregido ulteriormente por las ediciones de Thomson de 1978 y de 1997. En cuanto a la crítica conjetural de Catulo, fue generalmente descuidada en el siglo XX, salvo algunas honrosas excepciones.

De modo que viene muy a propósito este libro, en que John M. Trappes-Lomax propone una larga serie de cambios a la edición de Mynors. Su libro consta de un prefacio general (pp.1-20), un resumen de las propuestas (pp.21-32) y una discusión detallada de las mismas en forma de un comentario textual (pp.33-301), que se cierra con una bibliografía extensa (pp.303-315). La escala de los cambios es impresionante: en el resumen se catalogan 535, pero propuestas de carácter ortográfico se aplican aún en más pasajes. La mayoría de sus propuestas son conjeturas de otros filólogos, de las cuales unas han sido olvidadas desde hace mucho, otras han sido citadas a veces en ediciones recientes, pero no han sido aceptadas, y un tercer grupo de ellas ha sido propuesto o escrito en una u otra de las ediciones aparecidas después de la de Mynors (Hay que añadir que el reciclaje de conjeturas anteriores es necesario en el caso de un escritor que ha sido tan estudiado como Catulo. La inclusión de conjeturas que han sido hechas o aceptadas recientemente es de todo punto inevitable, si se utiliza dicha edición, tan conocida, como base para un comentario textual). Además, presenta un centenar de conjeturas suyas, y en algunas docenas de casos defiende una lección transmitida en los manuscritos principales. De modo que llega a reconsiderar el texto de Catulo casi verso por verso, palabra por palabra.

Aunque Trappes-Lomax utiliza todos los instrumentos de la crítica textual, sus propuestas son en conjunto muy intervencionistas. La filosofía que hay detrás de su intervencionismo se aclara en el prefacio, donde Trappes-Lomax da cuenta de las condiciones en que han sido transmitidas las obras de este poeta elegantísimo, y saca la conclusión de que hacen falta remedios drásticos. El texto está muy corrupto; hay que corregirlo; pero ¿cómo podemos saber cuándo hay que hacerlo, y de qué manera? Su respuesta es un criterio lapidario: *si melius est, Catullianum est* (p.1). En esta máxima *melius* indica no tanto una mejora gramatical, cuanto una mejora estética. «The number of Latin words is finite; if poetry is the best words in the best order, there will be only one correct way of using them. The task of the textual critic (of poetry in particular) is to find that one correct way» (p.2). Este enfoque parece inspirado por las ideas sobre la crítica textual de Propertio de George P. Goold y Margaret Hubbard, quienes argumentaron que el texto del elegíaco estaba tan corrupto que requería medidas extremas.¹

Creo que la metodología propuesta por Trappes-Lomax es demasiado sencilla. Por supuesto, una enmienda buena tiene que mejorar el texto, tiene que ser *melius* y no *peius*, pero no todas las mejoras estéticas son admisibles como enmiendas. Si añadiéramos otros poemas buenos al *corpus* catuliano o suprimiéramos de él algunos malos, quizás podríamos obtener un texto más bello, pero no más próximo al escrito por el poeta. La calidad estética (y la gramatical) es un criterio necesario para que una conjetura sea buena, pero no es suficiente en sí mismo. Hacen falta otros crite-

¹ G.P. Goold, «Noctes Propertianae», *Harvard Studies in Classical Philology* 71 (1966) 59-106; Margaret Hubbard, *Propertius*, London 1974, en pp.1-6.

rios: tiene que estar claro o por lo menos tiene que ser posible que el pasaje esté corrupto; y tiene que ser creíble que nuestra reconstrucción del texto (es decir, nuestra conjetura) haya sido el resultado en el texto transmitido de un *iter corruptionis* creíble. Además es peligroso basar nuestra reconstrucción de un texto, que tendría que ser lo más objetiva posible, en nuestras opiniones estéticas, que pueden ser muy subjetivas. Y aunque estemos convencidos de que un pasaje es objetivamente feo o desagradable, ¿cómo podemos saber incluso que no lo ha escrito el poeta en cuestión? Ya observó el autor del tratado antiguo *Sobre el sublime* que a veces las obras de muchos poetas y escritores grandes son de una calidad muy inconsistente: autores como Ésquilo o Demóstenes son capaces de volar muy alto, pero también de caer muy bajo. Así pues, si queremos borrar un pasaje catuliano porque nos parece pésimo, tenemos que preguntarnos si no podría haberlo escrito el poeta, cuando estaba de mal humor, o cuando le dolía la cabeza, o si no es que el pasaje refleja simplemente un defecto artístico o un modo de composición peculiar de este autor. Quizás hay casos extremos en los que una intervención en el texto se puede justificar con un juicio estético; pero generalmente son mucho más fiables los juicios gramaticales, porque las leyes de la gramática son casi totalmente fijas, al contrario de lo que sucede con las de la estética. Estas observaciones mías no son, claro está, en modo alguno innovadoras, sino que reflejan la práctica de la mayoría de los críticos textuales.

Aunque Trappes-Lomax no ha aplicado de manera consecuente esta metodología, ella ha ejercido, sin embargo, una influencia profunda sobre sus propuestas para cambiar el texto. Eso se ve antes de todo en la larga lista de versos que quiere eliminar, ya sea porque le parecen superfluos, ya porque han sido utilizados por Catulo en otro sitio, ya porque contienen una corruptela que parece incorregible (pp.10-12). Aquí podríamos discutir en general si la superfluidad constituye un defecto estético. En cuanto a la repetición, es un rasgo típico de la obra de Catulo, que describe de manera muy parecida los besos de Lesbia (en cc.5 y 7) y los de Juvencio (en c.48); que repite un verso que le ha salido bien para identificar el mismo blanco en otra poesía (41.4 y 43.5, no tocados por Trappes-Lomax); y que utiliza su llanto por el hermano muerto dos veces y media (68a.22-24 son iguales a 68b.94-96, mientras 68a.20, 68b.92 y 101.6 son muy parecidos: Trappes-Lomax quiere eliminar 68b.93-96). Podríamos añadir muchos otros ejemplos. Por último, el filólogo inglés quiere omitir también una serie de pasajes que contienen corruptelas aparentemente incorregibles, sugiriendo que si no ha sido posible mejorarlos en seiscientos años, ello ha sido porque se trata de versos no genuinos. Pero la crítica textual tiene sus límites: muchas veces resulta imposible corregir una corruptela donde se han cambiado demasiadas palabras, o donde el texto transmitido ya no se parece en nada al texto original. Las poesías de Catulo llegaron al fin de la Edad Media en una condición pésima, y contienen varias corruptelas de esta gravedad. En resumen, no me convence casi ninguna de las propuestas de Trappes-Lomax para omitir un pasaje. Una excepción es la omisión de 61.92-95, que contradice a otras partes del *carmen*, donde sigue una propuesta de Bernhard Georg de 1996. Estoy en dudas sobre otra omisión, la de 64.89-90, versos que parecen realmente catulianos, pero que quizás hayan sido trasladados aquí desde otro sitio.

Una parte de las conjeturas propuestas por Trappes-Lomax son igual de audaces que las anteriores; otras son menos atrevidas; y muchas son absolutamente convincentes. Doy una lista de unas cuantas de estas últimas para mostrar los resultados que se pueden obtener con unos pequeños cambios. Al texto de Mynors sigue la corrección, con el nombre de su autor o fuente original.

2.5 *desiderio meo nitenti – mei* Heyworth

4.14-16 *tibi haec fuisse et esse cognitissima / ait phaselus: ultima ex origine / tuo stetisse dicit in cacumine ... – phaselus ultima ex origine: / tuo stetisse ...* Klotz

6.9-10 *puluinusque peraeque et hic et ille / attritus – hic et illic* en los *codices recentiores* (se revela por una almohada totalmente gastada, y no por unas gastadas igualmente, que Flavio tiene pareja)

11.3 *litus ut longe resonante Eoa / tunditur unda – resonans* Aquiles Estacio

11.7 *siue quae septemgeminus colorat / aequora Nilus – qua* en los *codices recentiores*

34.22-24 *sancta nomine, Romulique, / antique ut solita es, bona / sospites ope gentem* – aquí Trappes-Lomax rechaza la conjetura *Ancique* de Escalígero, acepta *Romulamque* de Fowler, y propone *antehac*: yo preferiría *Romulique / Ancique*, y quizás escribiría *bonam*

37.8 *me una ducentos irrumare sessores – unum* Pleitner

42.4 *nostra pugillaria – uestra* en el arquetipo (Catulo está hablando a sus poemas)

42.9 *ridentem catuli ore Gallicani – ringentem* Trappes-Lomax (se non è vero, è ben trovato)

50.18-19 *precesque nostras / oramus, caue despuas, ocelle – respuas* Trappes-Lomax

55.2 *demonstres, ubi sint tuae tenebrae – latebrae* Palladius

61.5, 40, 50, 60 *o Hymen Hymenaeae – Hymen o Hymenaeae* Graevius (esto está más próximo al texto de los manuscritos)

62.17 *quare nunc animos saltem conuertite uestros – tandem* Trappes-Lomax

63.82 *mugienti fremitu – rugienti* Trappes-Lomax (¡se trata de un león!)

64.52 *namque fluentisono prospectans litore Diae – namque e fluctisono* Maehly

64.175-176 *nec malus hic celans dulci crudelia forma / consilia – haec O* (así ya Thomson: *malus hic* 'este hombre malo' sería ingenuo)

64.276 *sic tum uestibuli linquentes regia tecta – sic tempestiui* Trappes-Lomax

64.372 *quare agite optatos animi coniungite amores – auidi* (por *animi*) Nisbet

65.7f. *tellus / ereptum nostris obterit ex oculis – obtegit* en los *codices recentiores*

96.4 *olim missas flemus amicitias – amissas* en los *codices recentiores*

113.4 *fecundum semen adulterio – adulterio* Trappes-Lomax

Trappes-Lomax no descuida tampoco las cuestiones mínimas de la ortografía: propone que se reconstruyan las grafías tardorrepublicanas *quoi* y *quouis* en vez de *cui* y *cuius*, *quom* en vez de la conjunción *cum* (la preposición se escribía siempre *cum*), *-uos* después de una vocal (*nouos*) en vez de *-uus* (*nouus*), *-ss-* intervocálico (*caussa*) en vez de *-s-* (*causa*), y *loedere* en vez de *ludere* (pp.19-20). Quiere re-

construir formas con prodelisión como *tempust* (pp.8-9) y, más controvertidamente, formas con eclipsis de la *s* final (pp.6-8). No se trata de bagatelas despreciables: muchas corruptelas han sido provocadas precisamente por características insólitas como una grafía arcaica. Todavía Trappes-Lomax renuncia a una reconstrucción completa de la ortografía que fue usada por Catulo. En este punto yo sería aún más radical que él y preferiría reconstruir la grafía original en su totalidad, o por lo menos en la medida en que fuera posible².

En suma, este libro hace una contribución muy importante a la crítica textual de Catulo. Su autor elige una metodología demasiado radical, que se refleja en una parte de sus propuestas, pero no se trata de una rigidez doctrinaria: de vez en cuando defiende incluso el texto transmitido. Muchas de sus propuestas son convincentes; sólo hay que elegir. Además, el libro se distingue por su exhaustividad al tratar el texto de Catulo, su uso de fuentes bibliográficas arcanas, y su formato dialógico. Se ofrecen argumentos claros para cada propuesta, y Trappes-Lomax pide al lector sólo que las considere imparcialmente (p.6). Es de esperar que haya muchos otros filólogos que continúen este diálogo.

Dàniel Kiss
Ludwig Maximilians Universität, Munich

Andrea BALBO, *I frammenti degli oratori romani dell'età augustea e tiberiana*, 3 vv., *Parte prima. Età augustea*, 211 pp., *Parte seconda. Età tiberiana*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2007², 590 pp.

Para el estudioso de la lengua latina es especialmente luctuoso el precario carácter fragmentario del corpus oratorio posterior a Cicerón, cuyo estudio ofrece muy relevante información sobre la evolución de la lengua tardorrepublicana al latín de la Edad de Plata. Al loable rescate de las *orationes* dedicó ímprobos esfuerzos la escuela decimonónica, cuyo más logrado resultado fueron las ediciones de los *Oratorum Romanorum Fragmenta* de Johann Friedrich Dübner (París, 1837) y Johann Heinrich Meyer (Zurich, 1842² [1ª ed. 1832]), trabajos que, aunque valiosos –sobre todo la segunda edición de Meyer–, adolecían de numerosos errores y presentaban flagrantes carencias. En el siglo XX, Enrica Malcovati realizó una sobresaliente edición de parte de este corpus (Turín, 1976⁴ [1ª ed. 1930]), que concluía en la figura de Mesala Corvino, fallecido en la primera década del siglo I d.C. Aunque en el prólogo de la segunda edición la estudiosa italiana expresaba su intención de proseguir su labor y publicar una edición dedicada a la oratoria de época imperial, su propósito nunca se vio realizado. Con el fin explícito de continuar el conspicuo legado de Malcovati y remozar las ediciones decimonónicas de Meyer y Dübner, se publicaron los tres volúmenes de *I frammenti degli oratori romani dell'età augustea e tiberiana* (Alessandria, 2004), cuya segunda

² Sobre este tema véase también Virginio Cremona, «Problemi di ortografia catulliana», *Aevum* 32 (1958) 401-433.

edición vio la luz en 2007. Su prolífico autor, Andrea Balbo es noble representante de la escuela italiana en cuanto al rigor científico y calidad de sus publicaciones, principalmente enfocadas a la oratoria latina y la obra de los dos Sénecas. El título que aquí reseñamos, como señala el autor en la introducción (p.XIII), es reelaboración de una parte de su tesis doctoral, leída en la Universidad de Turín en febrero de 1999. El primer volumen es precedido por una breve introducción de catorce páginas en que se exponen los criterios de la edición, como la delimitación del corpus; este está limitado cronológicamente a aquellos oradores que ejercieron su actividad entre la batalla de Accio (31 a.C.), primer hito de la hegemonía del poder augústeo, y la muerte de Tiberio (37 d.C.), y que dieron en cultivar la oratoria en el Foro, el Senado o los tribunales de los *centumviri*. Se prescinde así de aquella innumera cáfila de personajes de diverso ingenio y condición que saturaba las escuelas de declamación en época augústea y que no desarrollaba su actividad en otros ambientes diletantes que, al decir del orador Casio Severo, parecían timoneles que ejercitaban vanamente su pericia en una piscina (Sen.contr.3.praef.14). A continuación expone el autor su división de los extractos editados en «fragmentos» (*frammenti*) y «testimonios» (*testimonianze*), escurridizos conceptos para los que, dada su cercanía semántica, aduce una definición de urgencia: fragmento es aquel extracto que contiene el texto de un orador u ofrece noticias sobre su contenido, y testimonio es aquel pasaje que, de forma general, aporta datos referentes a la actividad oratoria de un individuo, sin detallar el contenido específico de sus *orationes*. Como se puede apreciar, el autor ha optado —a mi entender, juiciosamente— por una definición extensiva de *frammento* que permite el realce de pasajes especialmente relevantes para el estudio de la actividad de algunos oradores. Aquellos extractos que no corresponden plenamente a ninguna de las dos categorías son recogidos convenientemente a modo de apéndices. Tras estos preliminares, se incorpora un *conspectus siglorum* y se desarrolla el cuerpo central del volumen, dividido en entradas personales ordenadas cronológicamente. Estas se encabezan con una referencia a la presencia o ausencia del orador en las citadas ediciones de Meyer y Dübner a la que sigue un muy útil muestrario de bibliografía específica acerca del personaje en cuestión en repertorios prosopográficos, como la *Realencyclopädie* o la *Prosopographia Imperii Romani*, y en artículos y monografías especializadas. A esto sigue el corpus de testimonios y fragmentos, secciones para las que se ofrece el texto latino —o, en menor frecuencia, griego— enfrentado a su traducción en lengua italiana. En aquellos pasajes de transmisión especialmente delicada, se incorpora a pie de página un breve aparato crítico. A la edición de los extractos sigue un comentario de variable extensión que principia con una noticia general sobre el arte oratorio del orador y a la que sigue un análisis de algunos de los pasajes editados, donde se discuten aspectos textuales, lingüísticos, retóricos, históricos y prosopográficos que de ellos se desprenden. El volumen se cierra con una bibliografía (pp.181-202) y un índice de pasajes citados (pp.203-211). En este primer volumen, que consta de 22 oradores y 44 *frammenti*, el mayor número de fragmentos han sido extraídos de la obra de Séneca el Viejo, que, dada su extrema longevidad, pudo ser testigo directo del desarrollo de la oratoria postciceroniana. El autor encabeza su corpus con Cornelio Galo, que cuenta con dos brevísimos fragmentos de Servio (*Ecl.*9.10 y *Aen.*7.445) —el segundo de ellos dudoso, atribuido a

un *Cornelius* sin *cognomen*— y cuya actividad oratoria ha despertado escaso interés en la crítica, sin duda por la precariedad de los testimonios. Le siguen figuras de máximo interés en la vida política augústea como Mecenas, Agripa o Paulo Fabio Máximo y oradores en su mayoría vinculados de un modo u otro a las escuelas de declamación, como Pasierno padre [nº 3] (*temporis sui primus orator* [Sen. *Contr.* 2.5.17]), el novarensis Albucio Silo [nº 8] (*non obscurus rhetor atque auctor* [Quint. 2.15.36]), que destacó más en su actividad como declamador, el *rhetor* cordobés Porcio Latrón [nº 9], cuya célebre facundia llamó la atención de Augusto (Sen. *Contr.* 2.4.13) y que fascinó a un jovencísimo Ovidio (*Latronis admirator* [Sen. *Contr.* 2.2.8]), el afamado Tito Labieno [nº 20] (*magnus orator* [Sen. *Contr.* 10. *praef.* 4]), de espíritu republicano y notorio por su *parrhesia*, o el egregio y mordacísimo Casio Severo [nº 21], azote de la aristocracia augústea, a quien, dada la proliferación de extractos, se dedica el mayor número de páginas en este primer volumen, 44. La segunda parte del libro, dispuesta en dos volúmenes, cuenta con 56 oradores y 190 fragmentos oratorios, extraídos principalmente de Séneca el Viejo, Quintiliano, Suetonio, Tácito y Dión Casio. Se perpetúa en general la cómoda estructura del primer volumen, pero se introduce una importante novedad que facilita una jerarquización del material, a saber, la división del corpus en tres secciones: a) oradores con fragmentos y testimonios, b) oradores cuya actividad se restringe a pasajes de oradores citados anteriormente en el primer grupo, por lo que, con el fin de evitar la innecesaria repetición de extractos, solo se les adjunta un perfil biográfico, y c) oradores de los que no se conserva fragmento alguno pero sí testimonios. Los dos volúmenes contienen figuras de máximo relieve como el fecundo Quinto Haterio (*suis temporibus oratoris celeberrimi* [Sen. *Epist.* 40.10]), de estilo peculiar, el gran orador Asinio Galo (nº 7), el poderoso aristócrata Marco Emilio Lépido (nº 11), *delatores* como Romano Hispón (nº 25) o Brutedio Nigro (nº 26) y miembros de la casa imperial, como Germánico (nº 31), Druso el Menor (nº 34) o Tiberio (nº 6), orador de particular expresión arcaizante, al que se dedican 130 páginas en el primero de los dos volúmenes y del que se recogen 58 *frammenti*. Los comentarios sobre las actividades oratorias de este último son, por cierto, especialmente brillantes.

El trabajo, en suma, es sobresaliente, aunque, como en toda obra humana, podemos aducir algunos escasos reparos. Así, se echa de menos que los comentarios, que son muy sustanciosos, no contemplen todos los pasajes, pues se limitan a aquellos que el autor considera especialmente significativos. Por otro lado, la numeración de los fragmentos y testimonios, que es continua —con una serie para la parte augústea y otra para la tiberiana—, para facilitar las frecuentes referencias entre los distintos pasajes, carece de una numeración propia para cada orador, que habría sido de gran utilidad. Con todo, soy consciente de que la adición de otro sistema de numeración en los extractos habría obrado en detrimento de la pulcritud de la página. El libro, por otra parte, presenta el inconveniente endémico de las ediciones bilingües, al que no cabe sino acostumbrarse, a saber, la proliferación de saltos de línea, en ocasiones numerosísimos, que permiten la armonización de los dos flujos de texto. Pese a estos mínimos detalles, el erudito y riguroso trabajo de Andrea Balbo, dignísimo continuador de la obra de Malcovati, es señero en su campo de investigación gracias a su buen tino en la cuidadosa selección y edición de extractos —que supera en mucho los *Oratorum*

Romanorum Fragmenta de Meyer y Dübner—, la sabia decisión de nutrir su edición con acertados comentarios y la agradabilísima traducción italiana que acompaña a los textos. Los tres volúmenes de *I frammenti degli oratori romani dell'età augustea e tibertiana*, que contribuyen espléndidamente al conocimiento de la oratoria postciceroniana, constituyen por ello un instrumento de trabajo imprescindible para todos aquellos estudiosos que se acercan a este fascinante campo de investigación de la Filología Clásica.

Arturo ECHAVARREN
Universidad Complutense de Madrid

Eulogio DE CÓRDOBA, *Obras completas*, edición de Pedro Herrera Roldán, Madrid, Akal, 269 pp.

Córdoba, siglo IX d. C.: la península ibérica es un emirato más del imperio musulmán; la comunidad cristiana, si bien muy numerosa, no participa de la religión oficial del Estado; renegar de la fe en Cristo y convertirse al Islam conlleva unos importantes beneficios socioeconómicos. En este contexto el religioso -y posteriormente santo- Eulogio se erige como líder de la facción cristiana más belicosa contra el enemigo infiel, defensor e impulsor del movimiento martirial que está naciendo. El cordobés, por tanto, escribe una obra dirigida a las élites de la comunidad cristiana con el primer e inocente propósito de, simplemente, dar a conocer estos hechos, pero, también, no lo olvidemos, con la idea última de defender el martirio como una acción válida ante los abusos del Islam y así —de paso y al mismo tiempo— promover este ejemplo de fanatismo religioso; para ello, Eulogio trata de equiparar estos martirios con los primeros del cristianismo, acaecidos todavía en la antigua Roma, presentándolos como una «justa rebelión». Sin embargo, no lo consiguió del todo, pues halló en el seno de su propia comunidad enemigos acérrimos de estas ideas extremistas, gentes que quizá consideraran que entre aquellos martirios originales y éstos mediaban ya varios siglos, y que la convivencia en armonía entre ambas comunidades era todavía posible.

Nos encontramos ante un texto complejo para el traductor —recordamos que la edición no es bilingüe sino sólo traducción castellana— por varias razones. En primer lugar, la lengua latina que usa Eulogio no es ya la suya vernácula sino una lengua culta y de prestigio, aprendida y por lo tanto más artificiosa; en segundo lugar, el texto que heredamos nos llega profundamente alterado por la mano de su primer editor, Ambrosio de Morales. Se añade que Eulogio, como es habitual en la literatura latina cristiana, prioriza y antepone con mucho el fondo a la forma. He aquí, en pocas palabras, las humildes aspiraciones estéticas de San Eulogio: «...no hemos de sujetarnos a una hermosa elocuencia ni a atronadoras melodías verbales, sino que hemos de observar lo que con sencillez dé a conocer a los fieles la verdad de lo sucedido, porque creemos que a los nuestros les basta con la verdad expuesta con una simplicidad pura antes que un embuste engalanado con vano adorno, y nosotros tenemos suficiente con relatar de forma fidedigna lo que pasó, dado que no conviene presentar con her-

mosas palabras lo que no ocurrió. Y es que mientras la verdad pura, se declare como se declare, se mantiene con paso muy firme, la mentira modelada de la forma más elegante persevera muy poco...» (cf. p.114). Dicho todo lo anterior, la traducción que aquí nos ofrece Pedro Herrera Roldán nos parece digna de elogio, pues, siendo bastante fiel al texto conservado, mantiene el carácter culto y depurado del original, resolviéndose con gran agilidad en el ritmo y un correctísimo uso del vocabulario castellano. Parece que el autor –como él mismo nos indica en las pp.44 y ss. – ha optado por mantenerse fiel al texto original y a su estilo, mientras esta literalidad no perjudicase a su traducción; ante «largos y alambicados periodos oracionales, a menudo quebrados por bruscos anacolutos», él mismo nos confiesa que ha optado por una sintaxis más acorde con la de nuestros tiempos. Digamos también que, como bien indican las eruditas notas que acompañan a la traducción, suele Eulogio tomar como referencia la obra del también cristiano Prudencio, quien comparte con él, al menos en parte de su obra, el tema del martirio cristiano; también suelen aparecer en su obra citas y referencias a Cicerón, Livio, Catón, Quintiliano, incluso Demóstenes, si bien la influencia en Eulogio de estos clásicos grecolatinos sea –a diferencia de lo que supusieron para Prudencio– casi puramente nominal.

Componen el *corpus* de su obra el *Documento martirial*, el *Apologético de los mártires*, la *Pasión de los santos mártires Jorge el monje, Aurelio y Natalia*, un *Himno en honor de santa Eufemia*, varias epístolas y los tres libros de su *Memorial de los santos*. Es ésta su obra más extensa y acaso la más conocida. En ella suele Eulogio presentar brevemente al protagonista del martirio mediante una breve mención de sus orígenes. Así, en no pocas ocasiones nos encontramos a niños con padre o madre musulmanes, que no obstante eligen el camino de la religión cristiana con impresionante abnegación. Este hecho provoca habitualmente una separación del núcleo familiar, en orden a la búsqueda de una vida monástica y retirada; sin embargo, el futuro mártir no tardará mucho en verse arrebatado de esta vida humilde y sosegada y, de una u otra forma, aparece el enfrentamiento con el poder religioso establecido entonces, el Islam: a menudo –y de forma un tanto inocente– asistimos a un acto de entrega voluntaria de los futuros mártires que, por revelación divina, son empujados a defender públicamente y con fervor su fe cristiana y a renegar de la musulmana. Son habituales, entonces, los insultos dirigidos ya contra Mahoma, al que se llama «falso», «adúltero», «hechicero», «brujo», ya contra todo el culto musulmán, al que en resumen se tacha de «superchería demoníaca». Son habituales también términos como el de «la milicia celestial», que buscan expresar mediante un vocabulario bélico –en una suerte de *militia religionis*– la entrega total de estos mártires a su fe cristiana.

Nos encontramos, por todo ello, ante una obra clave para entender un capítulo oscuro y quizá no muy conocido de la historia del Islam en España. Es, al mismo tiempo, un documento hispano-latino medieval muy interesante en el ámbito de la historia de la Iglesia Católica. A buen seguro una lectura bien enriquecedora para seguidores y detractores de la hoy en día tan nombrada «alianza de civilizaciones».

Ismael ELÍAS MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

El Humanismo español entre el Viejo Mundo y el Nuevo, Jaén-León, Servicio de Publicaciones de las Universidades de Jaén y León, 2008, 534 pp.

En las últimas décadas de la Filología Clásica española pocas líneas de investigación se han visto tan revalorizadas y tan en boga como el «Humanismo latino» y la «Pervivencia del Mundo Clásico». Centros como el *Instituto de Estudios Humanísticos*, entre otros; profesores de reconocido prestigio internacional como Juan Gil o Ángel Gómez Moreno; celebración de congresos y eventos de difusión científica; y publicaciones como la que aquí se presenta, son tan sólo unas muestras de la buena salud de esta parcela de estudio.

La obra que ahora reseñamos, *El Humanismo español entre el Viejo Mundo y el Nuevo*, continúa, gracias al patronazgo del *Instituto de Investigación de Humanismo y Tradición Clásica* de la Universidad de León y de la Facultad de Humanidades de Jaén, en la línea de las contribuciones anteriormente destacadas, aportando ahora una visión interesante de nuestros *studia humanitatis* y su proyección en las tierras de ultramar, continente que recibe las influencias de la erudición europea, y que al mismo tiempo irradia conocimiento y abre nuevos dilemas intelectuales. La importancia de este Nuevo Mundo en las conciencias europeas de los siglos XVI y XVII se demuestra en un sinfín de evocaciones y recreaciones literarias que son desconocidas para muchos, pero que presentan importantes aspectos en torno al Humanismo. El estudio de muchas de ellas, así como el contexto histórico que las rodea, han sido las motivaciones para sacar a la luz este volumen, interesado por aportar una visión global y unificadora en tanto en cuanto participan del movimiento intelectual de su tiempo y por tanto han de ser estudiadas en el mismo plano que otras obras europeas. Asimismo, la más que sugerente nómina de especialistas, españoles y extranjeros, que tiene pluma en este volumen (un total de 27), aporta otra de las virtudes de esta obra: la capacidad de abarcar varias perspectivas de una misma realidad. De tal forma, se dan cita trabajos que atañen a diferentes parcelas de las humanidades: Filología Clásica, Hebrea, Hispánica, Historia, Geografía, etc, una muestra más de la sobresaliente apuesta por los estudios multidisciplinares, no tan vigentes como quisiéramos en nuestra universidad.

En lo que atañe a la estructura son tres los grandes apartados según los contenidos ofrecidos: a) *Humanismo español*; b) *Tradición clásica en el Renacimiento y Barroco*; y c) *Los humanistas y América*. Pero veamos con más detenimiento los trabajos de cada apartado.

En el primer apartado, *Humanismo español*, se presentan 12 documentados estudios que tienen como argumento principal el análisis de varios aspectos de los *studia humanitatis* durante el siglo XVI español. De tal manera, son objeto de estudio figuras tan destacadas como Arias Montano y Lucio Marineo Sículo —«Arias Montano y las ciencias...», a cargo de J. Paradinas Fuentes (pp.211-220); o «Lucio Marineo Sículo como historiador...», de S. Schlelein (pp.243-254)»; obras contemporáneas como la *Etimología sacra* de Ildelfonso Remón (a cargo de Reguera Feo y Miguélez Baños, pp.221-234); o el entorno intelectual y social de la España filipina, como se demuestra en los artículos de S. Fernández López, «Más usos humanísticos de heren-

cia sefardí...» (pp.33-42), y de F. Garrote Pérez, «El realismo de la picaresca» (pp.43-66), entre otros. La conclusión global de este primer apartado nos lleva a lo que ya Luis Gil comentó sobre nuestro humanismo quiñentista, de puntuales destellos y con más sombras que luces, si bien el hallazgo de nuevos humanistas y obras, de lo que participa este volumen, propiciará una redefinición de esta parcela de nuestra historia.

En la *Tradición clásica en el Renacimiento y Barroco*, segunda de las divisiones del trabajo que reseñamos, se compendian los artículos dedicados a observar la pervivencia de los autores griegos y latinos en algunas obras de los siglos XVI y XVII en tres lenguas de cultura: latín, italiano y castellano. Una de las cuestiones más destacadas e interesantes de algunos trabajos es el análisis del tratamiento que de los clásicos hacen estas obras, bien desde una perspectiva recreadora a modo de *lusus* literario, bien por la manipulación al servicio de la loa o el desprestigio de los acontecimientos históricos y políticos del momento («Fundamentos para un mito: manipulación de las fuentes...», a cargo de M. Martínez Sariago, pp.321-332). Igualmente, y a colación con lo anteriormente mencionado, destaca el estudio de varios personajes míticos que se convierten, debido a las necesidades políticas del momento, en patrones antropológicos y como *exempla* de los regímenes europeos. De tal manera destaca el interesante estudio de A. Gómez Moreno, «Hércules y Alejandro Magno...», pp.281-296, en el que se recalca las particulares interpretaciones hagiogáficas de estos dos personajes paganos.

Por último, en el tercer apartado, *Los humanistas y América*, se dan cita 7 estudios interesados en destacar la importancia del Nuevo Mundo como escenario propicio para el desarrollo del Humanismo, bien desde la óptica europea, ya que América desde su descubrimiento se vio rodeada de un halo mítico y legendario, lo que no pasó inadvertido en la conciencia europea, bien desde la propia óptica americanista, ya que pronto empezaron a surgir herramientas que propiciaron un Humanismo ultramarino. De la óptica europea se han ocupado R. Manchón Gómez, «Literatura neolatina sobre América...», pp.375-384, y J. Paniagua Pérez, «La obra y las relaciones de Arias Montano con las Indias», pp.409-444, entre otros, mientras que la presencia de la erudición humanística en América como desarrollo de la educación jesuítica ha sido objeto de estudio en los artículos de J. Sarabia Viejo, «La Imprenta Hogal...», pp.455-490, y de C. Martínez Martínez, «Para el bien prójimo: la escuela que soñó Tomás López desde Buenos Aires», pp.395-408.

En definitiva se trata de un trabajo novedoso, perfectamente estructurado, y que destaca por su multidisciplinariedad, característica que es aquí una cualidad positiva en tanto en cuanto aporta al lector visiones diversas y enriquecedoras. Una vez más se demuestra cómo el ansia del saber, lo que viene a definir el Humanismo, unifica dos mundos *a priori* opuestos: el Viejo y el Nuevo.

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid